

ARTÍCULO VI Y ÚLTIMO

«Las sagradas cosas se muestran á sagrados hombres; mas, á los profanos, no es justo comunicárselas antes que se hayan iniciado en los secretos de la ciencia.»

Comento

§ 1.º—Este artículo, en apariencia meramente formulario, resulta importante al ponerlo en relación con el párrafo último del art. II del Juramento, que dice: «Las enseñanzas, etc., daré á mis hijos, á los del maestro y á los alumnos matriculados según regla médica, *pero á nadie más.*»

Esta reiteración prohibitoria en la *Norma* y en el *Juramento* demuestran un verdadero empeño en no comunicar á los profanos, ó no iniciados, enseñanzas peligrosas por falta de preparación de quien las recibe, y á las cuales tanto se presta nuestro Arte, comunicando á un advenedizo, de buenas á primeras, de gracia ó por remuneración, los procedimientos prácticos para que los aplique directamente á los enfermos, sin conocer los precedentes y fundamentos doctrinales de su aplicación. Motivos hay para sospechar que los médicos salidos de Koos serían en esto muy solicitados por los medicastros de la época, y como quiera que un tal modo de enseñar, si da al medicastro ó curandero los medios de ganarse la vida, se los da asimismo para quitársela muy sin empacho ni compromiso á sus clientes, de ahí la prohibición, de ahí la insistencia en ella de ambos documentos.—Esto creo.

§ 2.º—El conjunto artículo puede parecer que encierra contradicción, si el lector no da al vocablo «iniciado» su valor verdadero. Por iniciar (lat. *initiare*, de *initium*, comienzo) no debe entenderse la total revelación de los secretos, sagrados ó profanos, de una institución, sino el

primer grado, la revelación de lo más elemental de aquel orden oculto, viéndose por el resultado de esta primera instrucción si el neófito es digno de ascender á los ulteriores grados revelatorios. Aun en los siglos modernos, y así en las sociedades religiosas como en las profanas, los gremios, las sectas revolucionarias, etc., existe un sistema gradual de instrucciones, que no pueden llamarse grados de iniciación, sino grados de revelación, pues no cabe más iniciación que la revelación *primera*. Así Hipócrates, como verdadero escritor clásico, usa del vocablo en su estricto sentido. Con estas explicaciones no cabe apariencia de contradicción, ó sea de que se diga: «Si por *iniciado* se entiende aquel que ya por iniciado es sagrado, ¿á qué decir luego que sólo á los iniciados se enseñarán las cosas sagradas?»—No ha, pues, lugar á tal razonamiento; antes al contrario, por estas explicaciones resulta más clara aún la intención del autor, la cual se reduce á prohibir la enseñanza de las cosas magistrales á quien no se haya sujetado gradualmente á las elementales. De ahí que para llegar á esta prueba de refuerzo de mi interpretación del texto, haya creído de mi deber explicar los alcances de la palabra «iniciar».

III

COMENTARIOS AL PROTAFORISMO

ARTÍCULO ÚNICO

«Breve es la vida; largo el arte; sutil la oportunidad; peligrosa toda probatura; ardua la decisión. Importa, pues, no sólo que uno mismo procure cumplir lo debido, sino también que á ello coadyuven el enfermo, sus asistentes y cuanto le rodea.»

Comento

§ 1.^o—*Breve es la vida; largo el arte.*—Algunos espíritus obstinados en negar á toda cosa la originalidad, han pretendido poner en tela de juicio la del protaforismo hipocrático, fundados en que tal ó cual escritor en tiempos anteriores ya dijo que la vida del hombre es asaz breve para abarcar cuanto debiera saber y hacer. Por lo pronto, esto último se lo sabe cualquier gañán, y cuida muy mucho de que lo adviertan sus hijos, encareciéndoles cuánto conviene aprovechar la vida, según es de corta y además azarosa. No hay, pues, para qué rebuscar textos al objeto de demostrar que otros autores advirtieron antes que Hipócrates tamaña desproporción. De modo que, con haber averiguado que Demócrito, Anaxágoras, Empédocles y casi todos los antiguos pensadores afirman que el hombre tiene flacos los sentidos, débil el espíritu y breve el curso de su vida (Cicerón, *Acad.*, post. I, 12); y con haber descubierto que D'hanvantari, el médico de los dioses, al recibir de Brahma (antes de la creación del hombre) el libro en *mil capítulos, de cien disticos cada uno*, dictando

reglas para el cuidado y restablecimiento de la salud, redujo más tarde toda aquella balumba á solos *ocho discursos ó tratados, en consideración á la exigua duración de la vida del hombre, y al corto alcance de su entendimiento*, no hemos adelantado un paso, pues lo único que resulta de esto, no es que Hipócrates tomara de ellos su protaforismo, sino que, aquellos sabios, incluso el médico de los dioses (supondremos que de los dioses enclenques), habían, contra su costumbre, opinado en esto de conformidad con el más insignificante mortal. (V. mi PATOL. GRAL., t. I, pág. 97 y siguientes; *La patología en la Historia*, y el libro de Suśrutas, t. I., cap. I, trad. de Hessler.)

No; la cuestión de originalidad, en el caso presente, no puede versar sino sobre el conjunto aforismo como total composición, de la misma suerte que la originalidad de un cuadro no puede estribar en si el pintor que lo compuso fué original ó plagiarlo en el uso del color azul ó del amarillo, y, puesta la cuestión en este su verdadero terreno, el *Protaforismo hipocrático* resulta tan original é imperecedera invención que, además de no tener precedentes en la historia de las letras, ha hecho imposible la invención de otro mejor.

§ 2.º—El *Protaforismo hipocrático*, tercer documento del CODEx DE LA DECENCIA MÉDICA, sin constituir ni regla clínica de *probidad*, como el *Juramento*, ni plan didáctico de *pericia*, como la *Norma*, compone como un nexo ó broche entre ambos, mediante un juicio superior completo del prudente visitar, en lo que atañe á las garantías del buen diagnóstico y del certero tratamiento, que sirvan de guía al práctico joven, como los andadores y la chichonera al niño que, ya en posesión de todos sus órganos locomotores, comienza á servirse de éstos, sin riesgo, merced á aquéllos, de estrellarse á cada paso.

Por este concepto, que forma su objeto final, el *Protaforismo hipocrático* no tiene precio, y hay que sabersele,

no sólo de memoria, sino también de entendimiento y de voluntad.

§ 3.º—*Sutil la oportunidad*.—Contra el dictamen de los traductores latinos, no vacilo en traducir ὀξύς por *sutil*. Entre los diversos significados del vocablo griego, ninguno equivale al latino *præceps* (precipitado, atolondrado, fugaz, veloz, etc.), mientras que éste, el latino, en la acepción de fugaz, tiene su correspondiente griego en φογῆς (*phugás*), que es precisamente el *fugaz* nuestro. Y por cierto que en Medicina, como en muchos otros órdenes de la vida, no siempre la oportunidad es *fugaz*, mientras que en cambio siempre es *sutil*, en el concepto de que sólo la advierte la persona dotada de *fino sentido práctico*. Así, contrayéndome á la Medicina, diré, como ejemplo, que el cambio de la infancia á la pubertad constituye, en muchas afecciones, una oportunidad preciosa, indiscutible, como asimismo lo es que ese cambio dura muchos meses y hasta un par de años. Mas lo que hay de *sutil* en el propuesto caso es la suavidad, la taimada manera cómo ocurren los primeros amagos, v. gr., de tuberculosis pulmonar, en cuyo caso la cuestión no es tanto de prontitud en atacarla, como de perspicacia del médico en reconocerla. En las afecciones agudas ya tiene más aplicación el dicho vulgar de que «la ocasión la pintan calva», y en esto el problema clínico-terapéutico de los afectos agudos se parece más al de la guerra, la política, la Bolsa y tantos otros; empero, aun en lo agudo, todo cuanto las crisis en sí mismas tienen de *precipitado* (*præceps*) en su *declaración*, tiénenlo de *sutil*, como brisa del Guadarrama «que no apaga un candil y mata á un hombre», las *insinuaciones* de su proximidad, y precisamente en la perspicacia para advertir esa *sutileza*, y no en la *rapidez* del cambio crítico de que aquélla es anuncio, consiste el sentido clínico.

Bueno es, pues, aplicar á lo médico, como á todo lo hu-

mano, el dicho de que «la ocasión es fugaz» (*ocasio præceps*); mas ni esto, sino lo otro, es aquello que Hipócrates recomendó, ni lo que más importa al médico es la rapidez, sino la sutileza con que se revelan las oportunidades terapéuticas.

§ 4.º—*Peligrosa toda probatura*.—Otra vez me encuentro imposibilitado de aceptar la traducción corriente, así en latín como en las lenguas modernas, pues ni cabe aceptar *experientia fallax*, ni tampoco *experimentum periculosum*. Loco hubiera debido volverse Hipócrates para escribir lo primero, y muy poco mirado, contra su costumbre, en las palabras, para haber dicho lo segundo. En efecto; afirmar, así en seco, sin limitación ni alivio de sentido, que «la experiencia es falaz», un hombre que más de cuatro siglos antes de nuestra Era predicaba y practicaba aquello mismo que al renacer Europa de su barbarie nos predicó por nuevo, y sin practicarlo, el poco menos que beatificado Bacon, á saber: que en las ciencias de la Naturaleza ó de lo fenomenal la experiencia es el único arrimo de la razón; afirmar, repito, el gran médico de Koos, el implacable enemigo del razonamiento hipotético (*sistemas filosóficos*) como criterio clínico que la experiencia es falaz, hubiera sido *negarse á sí mismo*. A quien sobre hallar falaz la razón pura, le parece falaz la experiencia, que es la razón práctica, ¿qué le queda? ¿En qué va á apoyar cuanto de palabra ó por escrito enseñe?—En el caos.—No pudo, pues, Hipócrates escribir tamaño absurdo. Felizmente, la misma lengua helénica demostrará esta imposibilidad. En griego *πειρα, ας* (ή) significa ensayo, probatura..... y si en diccionarios franceses é ingleses se traduce (en tercera ó cuarta acepción) por *experience*, es en el sentido sinonímico de probatura, ensayo y hasta experimento, nunca en el general que en estas mismas lenguas, como en todas las demás desde la latina, tiene el vocablo *experiencia*, y que es el de *suma de conocimientos adquiridos en fuerza de observar y*

experimental sobre cosas y hechos. Para emitir tal concepto, si el latín tiene su vocablo *experientia*, hoy de uso universal, tiene el griego su vocablo, y ese no es *πειρα*, sino *ἐμπειρία*, lo cual resuelve perentoriamente el pleito á mi favor, declarando ligereza de traductores lo que parecía gravísima superficialidad del más sesudo de los médicos.

Tampoco debió traducirse *πειρα* por «experimento» dicho vocablo, refiriéndose el pasaje á la práctica médica, puesto que, en buena clínica humana, en buen hipocratismo, no cabe *experimental*, sino á lo sumo un *prudente tantear*, bajo la garantía de fuertes precedentes racionales y prácticos que lo abonen y aconsejen, en cuyo caso á nadie, y menos á un Maestro de la Escuela de Koos, pudo ocurrírsele condenar, por peligroso, un procedimiento dictado por la prudencia; mientras que convenía y mucho, á la hora de la *licenciatura*, obtener del candidato la formal promesa de *no caer* en una de las más graves tentaciones de la ignorancia médica: la de lanzarse á *probaturas*, distinguiéndose precisamente del *experimental* el *hacer probaturas* en que, por lo primero se trabaja sobre fundamento racional y garantías materiales, mientras que por lo segundo se va á ciegas, bajo el temerario lema de «salga lo que saliere». Eso, eso fué lo que trató de evitar Hipócrates en este inciso de su *protaforismo*.

Finalmente, que *σφαλερῇ* no significa *falaz* y que, en cambio, significa: 1.º, *resbaladizo*; 2.º, *peligroso*, y 3.º, *vacilante*, basta para verlo consultar un léxico griego y, además, cuando por abusiva aplicación ó por algún dejo retórico se le concediese al vocablo *σφαλερῇ* significar por excepción «falaz», aun en tal caso, nos quedaría como fuente decisiva de criterio la *Colección aforística* del mismo Hipócrates, en cuyas páginas, cuantas veces, y no son pocas, emplea este adjetivo, hácelo manifiestamente en el sentido de *peligroso*.

§ 5.—*Ardua la decisión*.—Tratando de explicar textos

tan delicados como el que nos ocupa, y cuyo comentario cuenta por única base la más atildada traducción, tampoco puedo conformarme á aceptar como legítimas equivalentes, dentro del asunto, las frases *κρίσις χαλεπή* y *judicium difficile*, que es la universalmente admitida.

Respecto del vocablo *krisis*, siendo sus acepciones congruentes con el texto las de «juicio, decisión, discernimiento, momento decisivo», paréceme más adecuado al caso y más dentro de la tendencia hipocrática traducir «decisión» que «juicio». Hipócrates, como médico realmente práctico, no daba, á fuer de individualista, absoluta importancia al diagnóstico *nosológico*, que es el que constituye «juicio», en el sentido de tesis ó proposición, en cuya virtud el médico piensa, dice ó escribe: «Este enfermo padece tal afección», la cual es taxativa consecuencia de un *contado número* de datos semeióticos. El párrafo terminal del *protaforismo* constituye incontrastable prueba de que todo el interés de Hipócrates se concentraba en el diagnóstico del caso, ó diagnóstico clínico, ó sea en el conjunto de datos é impresiones que integran el concepto del total estado de aquel determinado enfermo, dentro de su total ambiente moral y material, y no en el mero diagnóstico de la afección, siendo forzoso reconocer que éste, el *diagnóstico nosológico*, es sólo parte, y no siempre la principal (diganlo si no los verdaderos prácticos), del abrumador conjunto del diagnóstico clínico, única fuente legítima y directa de la indicación. Y pues ese *diagnóstico magno*, cuyos elementos el propio aforismo enumera desde «importa, pues», hasta el fin, no llega á constituir un juicio concreto como forma de entender, sino un complicado impulso genial *indicador*, como origen de *indicación*, ó de lo que el médico resuelve hacer ó dejar de hacer, de ahí que la palabra *decisión* sea, y no la palabra *juicio*, la de acepción adecuada para el texto sujeto á comentario. (Véase, para más extensas observaciones *ad hoc*, el capi-

tulo *Momento clínico* de mi PATOLOGÍA GENERAL, t. III, páginas 227-32).

Por lo que dice al calificativo, adopté «ardua» en lugar de «difícil», precisamente porque dentro de los matices del correcto hablar, la voz «difícil» parece más propia para aplicada á «juicio» (operación intelectual) que para adherida á «decisión», acto más genial que intelectual, más de inspiración que de deducción, como todos los clínicos, no por clínicos, sino por artísticos, prácticos, ejecutivos, sujetos á todos los temores y recelos, y necesitados por tanto de todos los encarecimientos de precaución á que está sujeto lo que, una vez hecho ya, quizá no tenga remedio. Así, diremos que si el *juzgar es difícil*, el *acertar es arduo*.

§ 6.º—«*Importa, pues, etc.*» (hasta el fin).—A lo ya dicho anteriormente, con referencia al conjunto de elementos del diagnóstico clínico que en el periodo último del *protaforismo* se contienen, poco tengo que añadir, puesto que en punto á interpretación, ó fidelidad traductoria, ningún reparo me ofrece. En dicho postrer párrafo resulta trazado, con la proverbial sobriedad de Hipócrates, un cuadro completo, conciso y preciso de dichos elementos, como concurrentes á preparar la *ardua decisión* y como coadyutores al fin clínico. En efecto, ¿qué es el médico sin el concurso moral y material del *enfermo*, de sus *asistentes* y de *lo de fuera*, es decir, *del mundo entero* (éste y el otro), en cuanto tenga relación positiva y apreciable con asistentes, enfermo y médico? ¿Y qué puede faltarle á ese conjunto, si en la idea de *lo de fuera*, que constituye una de sus partes, está comprendida la de la misma divinidad, y por tanto la de las creencias, dato clínico positivo?—Cuadro más cabal, ni puede darse, ni necesita más comentario que el preciso para fijar en él la atención del lector.

Sugeridos por mi ferviente deseo de concurrir, en lo que

alcancen mis fuerzas, á desenvolver los gérmenes ocultos en ese período final del *protaforismo*, han sido algunos de los nuevos tratados que forman parte de este CURSO DE CLÍNICA GENERAL, sobre todo la Sección 2.^a del Tratado I, titulada *Pelaticotaxis*, ó clasificación de clientes como coadyutores al fin clínico, y ambas á dos secciones del Tratado II, á saber: la *Pelatodiégesis*, ó relación del cliente, y la *Iatroanacrisis*, ó interrogatorio del médico. Claro que los clientes no han de leer este libro para remediar sus innumerables deficiencias, ni como coadyutores del médico, ni como relatores de sus padecimientos ó de los del enfermo á quien representan y mantenedores del diálogo clínico; mas con sólo reflexionar que en la natural relación entre médico y cliente no es el cliente, infeliz lego, quien ha de perfeccionarse á sí mismo para después aleccionar al médico, sino que éste es quien, por su deber y sus medios y su interés en ser perfecto, debe procurar serlo, y luego procurar por obligación de superioridad enseñar á aquél, queda legitimada la presencia de los dichos tratados en el presente libro. Son, pues, estas nuevas enseñanzas dirigidas á los cursantes y médicos noveles con dos fines: uno directo, otro indirecto, consistiendo el primero en el conocimiento de las imperfecciones del cliente, y el segundo en la enseñanza y edificación de éste por su propio médico.—En el Tratado VII, ó *Ética profesional*, persevero, por otros conceptos, en la tarea de infundir vida y eficacia al contenido final del *protaforismo*, principalmente en la parte moral relativa á «los asistentes y LO DE FUERA».

IV

VALOR DEL CODEX HIPOCRÁTICO

Hora es ya de resumir, fijando el conjunto valor del comentado Código de la decencia médica, como cosa digna de ser restaurada y aprendida para servir de fundamento á nuestra profesional respetabilidad. Ese valor, como todos, tiene dos aspectos: uno absoluto, ó *valor en sí*, y otro relativo, que nace de una determinada comparación, y se llama *valor relativo*.

El *valor en sí* del *Codex hipocrático* es tan grande que ni el Cristianismo ni el Renacimiento han producido, respectivamente, según dije en el Prólogo, nada mejor ni en lo moral ni en lo didáctico.

La rigurosa traducción y el hondo y detenido examen que de los tres documentos dejamos hecho, han puesto de relieve y han bruñado y abrillantado el oro puro de verdad y bondad que forma su esencia y, por mi parte, muy bien remunerado quedará si por ellos contribuyo á una saludable reacción de los ánimos en favor del espíritu hipocrático, hoy olvidado y hasta escarnecido, aunque más—la verdad sea dicha—por las torpes predicaciones de partidarios ignorantes, que por espontáneo desvío de la clase médica.

Ese valor absoluto, insuperable, de la moral y la didáctica; de los conceptos de *probidad* y *pericia* hipocráticos, resplandece en todos los genuinos escritos de la *Colección*, y si me abstengo de transcribir aquí multitud de hermosísimos pasajes relativos á entrambos temas, hágolo atento á dos poderosas razones: una, la falta de necesidad; otra,

la conveniencia de mantener las debidas proporciones respecto de la extensión entre las diversas partes de este libro.

Cuanto al *valor relativo* del *Codex hipocrático*, comparado con lo que daba de sí la época en que fué concebido y publicado, difícil es hacerlo patente por directos razonamientos y, puesto que es bueno el lograrlo y que á mí, siendo bueno mi propósito, no hay obstáculo que me arredre, voy á intentarlo, ó mejor, á poner en evidencia por un medio que parecerá algo extraño á los que piensan y obran por estampilla de rutina, pero muy elocuente y eficaz, cuán grande resulta dicho mérito relativo. Y voy á lograr este resultado sin más que citar un fragmento de una comedia de Aristófanes, contemporáneo de Hipócrates, donde se representa una sesión clínica de Medicina sacerdotal, celebrada en el templo de Esculapio de la propia Atenas.

Pero, ¿qué testimonio puede ser (quizá se diga) un fragmento de comedia en un asunto de Historia? A lo cual replicaré que no pocas obscurísimas cuestiones históricas han aclarado las comedias en general, y especialmente las de Aristófanes, en lo relativo á Grecia.—¿Acaso podrá alguien cándidamente creer que á los poetas cómicos les es lícito absolutamente todo? Si al más libre y popular de nuestros inventores de comedias se le ocurriese representar, como *caso de actual costumbre*, el paso, por ejemplo, de la detención de un vecino de Madrid en las zahurdas de la prevención, y en él se pintasen las escenas reprobables á que *realmente* da lugar la insolencia de nuestros polizontes, sería aplaudido; mas si, cegado por las pretensiones á soberano en materia de ficción, contraviniese á la realidad y representase una escena en que los agentes de la autoridad descuartizan ó queman vivo al detenido ciudadano, ¿quedarían en el teatro bancos, ni sillas, ni molduras, ni candelabros que no se le vinieran encima al tal autor de comedias, por grandes que fueran las simpatías del público

hacia su persona? ¿Prosperaría la comedia?—Estas preguntas, que no necesitan contestación, se fundan en el gran principio de que, en punto á costumbres de actualidad, la verdad, la realidad palpitante es la primera condición del éxito del poeta cómico, quedando ancho campo á su inventiva en cuanto á personajes y á la trama ó acción.

Pues bien; Aristófanes en la comedia de referencia, como en todas las suyas, sentíase más subyugado que ningún otro poeta cómico á esta necesidad realista de ser verdadero en la representación de las costumbres de su tiempo, y ese duro yugo se lo imponían estas dos circunstancias: 1.^a, la de que en política era aristócrata, retrógrado y amigo de la paz, y sus contemporáneos, muerto ya de la peste el gran Pericles, estaban entregados á demagogos que, por canallas, daban mucho que criticar, y por ladrones, mantenían ardiente el espíritu bélico de los atenienses, pues sabido es que la guerra es fuente inagotable de agio y depredación; y 2.^a, la de que azotaba recio á todos los poderosos. Claro es, pues, como la luz del sol, que á un autor antipático al pueblo, por su sentido político, y odiado de los tribunos y de los sicofantas por su desenfado en fustigarles, no le habían de valer ni las Tres Gracias que, según Platón, se albergaban en el cuerpo de Aristófanes, cuanto menos la suya propia de autor satírico, al menor resbalón que con su pluma, ó mejor con su estilete, hubiera dado.—Pues bien; de Aristófanes, el más gran poeta cómico de la antigüedad, autor de más de cuarenta comedias (de las cuales sólo once nos quedan), consta que no tuvo ni un solo fracaso; que fué siempre aplaudido.

Con estos precedentes fácil será reconocer que en el aludido fragmento, si son pura farsa personajes y acción, no lo es ni puede serlo aquello que forzosamente había de ser verdad, *la realidad de las costumbres*, puesto que, siendo público el acceso al templo de Esculapio, claro es que de la forma y estilo de sus escenas clínicas habían

sido testigos no pocos de los espectadores de la comedia, si no todos.

Esa á que aludo tiene por título PLUTO, Dios del oro, muy distinto y no nada pariente de PLUTÓN, y fué estrenada el año 409 antes de Jesucristo, es decir, cuando Hipócrates, representante de la *Escuela laica y libre* de los Asclepiades de Koos, tenía cincuenta y un años, y estaba ya, por tanto, en el apogeo de su fama.

Ahora, hechas las advertencias y reflexiones necesarias para que el lector alumno pueda dar al ofrecido paso *de comedia* el valor que realmente tiene, dentro de mi intento, como documento histórico palpitante, voy á transcribirlo, precedido del

ARGUMENTO DE LA OBRA

PLUTO, Dios del oro, está ciego por obra de Júpiter, quien, según relato del propio cegado, viendo que éste en sus mocedades había concebido el proyecto de favorecer sólo á las personas justas, sabias y modestas, privóle de la vista á fin de que no las reconociera. «¡TANTO DETESTA JÚPITER Á LAS GENTES HONRADAS!», exclama el buen PLUTO al concluir su relato del acto primero. CREMILO, viejo y honrado labriego, obedeciendo al oráculo de Delos, se empeña en lograr que PLUTO cure de su ceguera; ayudan á CREMILO en su noble empeño, aunque sólo después de muy cómicas repugnancias, su MUJER, su esclavo CARIÓN y un camarada por nombre BLEPSIDEMO. Sabedora de tal intento la POBREZA, opónese con todas sus fuerzas á un proyecto cuyas resultas destruirían las excelencias y ventajas de un modesto y angustioso pasar. Sin embargo, á despecho de la POBREZA, PLUTO es llevado al templo de ESCULAPIO y no á un médico de Athenas, porque los atenienses, por roñosos en materia de honorarios, habían ahuyentado de la ciudad á los buenos médicos; y, como

dice CREMILO en un arranque digno de Sancho Panza: «¡Qué médicos hay ahora en la ciudad! *Donde no hay recompensa, no hay talento.*» Sana PLUTO, por arte del mismo ESCULAPIO en persona dentro de su templo, y la comedia acaba con los transportes de alegría de toda la gente honrada, la cual, en medio de violentas reclamaciones de MERCURIO y de *un Sacerdote* que vienen respectivamente á dar cuenta de la alarma de los dioses y del clero por la fuerte baja que notan en las ricas ofrendas con que los poderosos bribones los regalaban, conduce en procesión al ya sanado PLUTO y le reinstala en su antiguo altar, á la espalda del templo de MINERVA.

He aquí ahora el recorte del ofrecido *paso*, por más que con lo dicho quizás ya algún lector que no conozca el *teatro* de Aristófanes vería con gusto el traslado de la entera comedia; gusto de fácil satisfacer, fuera del presente libro, en traducciones españolas y francesas bastante correctas.

ESCENA. — CREMILO y BLEPSIDEMO

(Los pasajes más directamente relacionados con el objeto final de esta cita van en letra cursiva.)

CREMILO

Al fin, se largó esa condenada (*la Pobreza*). Llevemos al Dios lo más pronto al templo de Esculapio para que ingrese en él.

BLEPSIDEMO

No perdamos un instante, no sea que otro importuno venga á impedirnos los preparativos.

CREMILO

¡Eh! ¡Carión! *Trae las colchas; es preciso llevar á Pluto conforme el ritual prescribe; no se te olvide cosa alguna de las dispuestas.*

ESCENA.—CORO y CARIÓN

CORO (*perdido el texto*)

CARIÓN

¡Ancianos, que en las fiestas de Theseo (8 de cada mes) empapáis mendrugos de pan en la salsa de los pobres (sátira porque no se les repartían cucharas ni escudillas), cuán grande es vuestra dicha! ¡Qué fortuna la vuestra y la de todos los hombres de bien!

CORO

¿Qué ocurre, buen amigo? Pareces portador de grata noticia.

CARIÓN

¡Qué dicha la de mi amo, ó mejor, la de Pluto! Era ciego y ha recobrado la vista; sus ojos lanzan destellos de luz, gracias á la providencia de Esculapio.

CORO

¡Oh gratísima nueva! ¡Oh colmo de ventura!

CARIÓN

Sí; es preciso que uno se alegre aunque no quiera.

CORO

Con voz estentórea celebraré al hijo ilustre de Júpiter, á Esculapio, astro que reanima á los mortales.

ESCENA.—CREMILO y su MUJER

LA MUJER

¿Qué significan esos gritos? ¿Qué buena nueva anuncian? En casa te esperaba, llena de impaciencia.....

CARIÓN

Pronto, pronto, venga vino, señora mía; también tú beberás; ya sabemos que te gusta. Te traigo en un puñado todos los bienes.

LA MUJER

¿Dónde están?

CARIÓN

En mis palabras; vas á verlo.

LA MUJER

¡Ea! Acaba de explicarte.

CARIÓN

Escucha, pues: voy á relatarte todo el suceso desde los pies á la cabeza.

LA MUJER

«¡A la cabeza!» (modismo ático de maldición «ἐς τὴ κεφαλήν»). ¡No, cuidado con ella!

CARIÓN

Luego, ¿no aceptas los bienes que se te entran por casa?

LA MUJER

Lo que no quiero son líos.

CARIÓN

En cuanto nos llegamos al templo, acompañando al entonces mísero dios, ahora venturoso y feliz cual ninguno, fué nuestro primer cuidado llevarle al mar, desnudarle y darle un baño.

LA MUJER

¡Por Júpiter! ¡Vaya una dicha para un viejo, meterlo en agua fría!

CARIÓN

Hecho esto, *volvimos al santuario de Esculapio y colocamos en el altar tortas y varias otras ofrendas sagradas; entregamos á la devoradora llama de Vulcano la flor de harina; acostamos á Pluto con las solemnidades de ritual, y luego cada uno de nosotros se arregló un lecho de hojas.*

LA MUJER

¿Y había otras gentes implorando al dios?

CARIÓN

Sí; un tal Neóclides, ese concusionario y sicofanta que está ciego, pero que en robar aventaja á los de mejor vista, y, además, otros muchos atacados de enfermedades de varias clases. *Después el sacerdote mató las luces y nos mandó dormir, encareciéndonos el silencio, aunque oyéramos cualquier ruido.* Todos nos acostamos tranquilamente. Mas yo no podía conciliar el sueño: una olla de puches que una cercana vieja tenía colocada á su cabecera, tentábame el apetito, y, por lo mismo, el ardiente deseo de darle un asalto. En esto, al levantar la vista, *reparé que el sacerdote despojaba de tortas é higos secos la sagrada mesa. Luego echó una visita de inspección á todos los altares, y cuantos panes habían quedado en ellos, santificólos, guardándolos en un saco.* Entonces yo, *convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo y avancé mi mano hacia la olla.*

LA MUJER

¡Ah, grandísimo canalla! ¿No temías al dios?

CARIÓN

Sí: temía que con corona y todo llegase á la olla antes que yo; su sacerdote me había abierto los ojos. La viejecita, al oír ruido, alargaba ya la mano para recoger su olla; entonces yo, *remedando á las serpientes PAREAS domesticadas por los sacerdotes,* lancé un silbido y la mordí. Con esto la vieja retiró súbitamente la mano, acurrucóse en su lecho, cubrióse con la colcha y soltó de miedo un flato más pestilente que el de una comadreja. Entonces yo me atraqué de puches y volvíme á mi cama bien repleto.

LA MUJER

¿Y no aparecía el dios?

CARIÓN

Espera, ya verás. A poco hice yo otra de las mías; al acercarse *el propio dios Esculapio* se me soltó un estrepitoso viento, pues tenía la barriga llena de flato.

LA MUJER

Sin duda le darías asco.

CARIÓN

¡Quiá! *Su hija Iaso, que le acompañaba*, sí que se ruborizó, y *Panacea, la otra chica*, se desvió, tapándose las narices, pues yo no huelo á mirra.

LA MUJER

¿Y el dios?

CARIÓN

No hizo ningún caso.

LA MUJER

De modo que le crees un grosero.

CARIÓN

No; créole simplemente *merdívoro* por su oficio, y nada más.

LA MUJER

¡Ah, bellaco!

CARIÓN

Luego de esto, métíme en mi cama atemorizado; *el dios giró su vista, examinando con orden é interés uno por uno á los enfermos, y á poco un esclavo trújole un almirez de piedra con su correspondiente mano y además una cajita.*

LA MUJER

¿De piedra?

CARIÓN

¡Por Júpiter! La caja no.

LA MUJER

Pero, so bribón, ¿cómo podías verlo si estabas tapado?

CARIÓN

Toma, por los agujeros del manto que, á fe, no son pocos. Lo primero que preparó fué un ungüento para Neóclides; puso en el morterete tres cabezas de ajos de Tenos; majólas mezclándolas con goma y cebolla albarrana; humedeció la pasta con vinagre del fuer-tísimo de Esfeto, y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiendo antes revuelto los párpados para que fuese más vivo el dolor. Neó-clides gritaba, aullaba, saltaba del lecho en ademán de huir; mas el buen dios le dijo sonriendo: «Quédate ahí con tu ungüento, que así no podrás acudir á la asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

LA MUJER

¡Qué dios tan amante de la República y tan discreto!

CARIÓN

Luego sentóse Esculapio junto al lecho de Pluto: tocóle primero la cabeza; después le limpió los párpados con un lienzo finísimo; Panacea le cubrió cráneo y cara con un velo de púrpura; por último, Esculapio dió un silbido, y dos enormes serpientes se aparecieron, avanzando desde el fondo del santuario.

LA MUJER

¡Soberanos dioses!

CARIÓN

Deslizaron suavemente sus cabezas bajo el velo de púrpura y, á lo que me pareció, lamiéronle los párpados, y en menos tiempo que tú empleas en apurar diez copas de vino, Pluto, señora mía, se incorporó con la vista recobrada.

LA MUJER

¡Oh Esculapio, cuán grande es tu poder! Pero, dime, ¿dónde está Pluto?

CARIÓN

Ahí viene, pero rodeado de incontable gentío, etc., etc.

.....

DEDUCCIONES

Ahora, visto el anterior fragmento, puestos en contraste con los resplandores *morales* y *periciales* del *Codex hipocrático* los hábitos y procedimientos de los sacerdotes de Esculapio; ahora, repito, es cuando echaremos de ver que el valor absoluto ó para todo tiempo y lugar del inmortal Código, crece súbitamente al ponerlo en relación de contraste con aquellas sacerdotales supercherías; del propio modo que, en una Concepción de Murillo, si manteniendo cubierta la mitad inferior del cuadro reconocemos que la claridad de aquella gloria es absoluta, por cuanto es la mayor que alcanzan á producir los recursos de la paleta, en cambio, asombrados quedamos luego al punto que, dejando caer el manto encubridor de la inferior mitad, hiere nuestra vista el contraste ó efecto relativo entre aquella absoluta claridad de la gloria y las tenebrosas y ásperas tintas del infierno sobre el cual la Virgen apoya su planta quebrantadora del maligno genio.

Así, el Código de la decencia médica, que por su absoluta bondad es digno de perpetua adopción, resulta, demás de óptimo en sí, admirable, asombroso esfuerzo del espíritu humano en cuanto le ponemos en relación con el atraso y el misterio, la codicia y el aparato embaucador de la Medicina sacerdotal, suprema representación de la oficial de su tiempo.

Volviendo, pues, al tema del presente capítulo, ó sea á

la *Antigüedad de origen del sentimiento de la dignidad médica*, vea cada cual en dónde prefiere que radique su propio abolengo; el médico que entienda por *dignidad* la alteza convencional de la alcurnia, la respetabilidad impuesta por diademas y túnicas, tiaras y báculos, ceremonias y misterios, llámese descendiente de aquellos sacerdotes, y podrá, sin recelos de ser desmentido, afirmar que su prosapia viene de allende la protohistoria, ó sea de los primeros conatos de explotación del tonto por el listo; empero el que por dignidad entienda la respetabilidad que llamaré maciza, la real, positiva é imperecedera noción de la decencia profesional, bien como engendrada por la ejemplar *probidad* y la magistral *pericia*, conténtese con menor antigüedad de abolengo, con *ser* sacerdote sin darse humos de tal, y declare humilde y democráticamente que descende de una raza educada á plena luz y al aire libre hace sólo dos mil quinientos años, y de quien Hipócrates II, el Grande, fué cabeza visible.

Una última reflexión debo, sin embargo, en honor de la verdad, dirigir al lector antes de dar por terminado este largo y complejo, pero bien intencionado capítulo. Al estudio de la Historia debe presidir siempre un gran fondo de benignidad, porque en ella, aun las cosas más malas en sí, más merecedoras, al parecer, de vituperio, encierran algo utilizable por bueno, y que por bueno y utilizable nos queda como perpetuo beneficio. Aplicando esta regla de criterio á la historia de la Medicina, vemos que en ese mismo fondo de los templos de Esculapio, que me sirvió como contraste para abrillantar los resplandores de gloria del hipocratismo, ni más ni menos que el *almazarrón*, el *betún* y las *tierras tostadas* le sirvieron á Murillo para hacernos más vivas las claridades de cielo de sus Vírgenes, en ese mismo fondo, repito, no todo era caedizo, porque no todo era malo en sí mismo, sino en el modo y en la dudosa moralidad con que se practicaba. Dos ele-

mentos médicos surgen en la Medicina sacerdotal desde los tiempos más remotos: uno, el empirismo del *remedio probado*; otro, el fondo *sugestivo* del proceder, y estos dos elementos que de padres á hijos se transmitían, y aunque pausadamente progresaban, no podían, siendo como son buenos, caducar. Y así vemos que aun hoy, hoy, en el siglo de la presunción científica y del horror á lo antiguo, si nos quitaran de las manos, como recurso empírico, los *remedios probados* y nos arrebataran del espíritu, como arbitrio sugestivo, la influencia moral, ¿qué sería de nosotros ante los enfermizos y los desahuciados? ¿Qué de toda clase de enfermos sin este doble recurso de éxito y de prestigio?

En estas cosas la ley de evolución humana es inexorable; y pese cuanto pese á los *progresisteros*, el progreso es eminentemente conservador, según ampliamente lo tengo demostrado en mi discurso académico «Concepto social de la división del trabajo en Medicina». No olvidar nunca esta verdad fundamental de historia evolutiva.

Lo que hay, de otra parte, es que las cosas nunca son hoy exactamente *lo mismo* que fueron ayer, y, así, téngase entendido que desde la aparición de Hipócrates en el mundo, ningún médico puede adoptar en *modo y grado alguno* prácticas sugestivas, si no es con sujeción al artículo III del nunca bastante repetido juramento, que, según vimos, dice: «Para el tratamiento me inspiraré en el bien de los enfermos en lo que pueda y sepa; jamás en daño suyo ni con mala intención.»



ARTÍCULO TERCERO

Caracteres de la visita médica

§ 1.º

CARÁCTER DELEGATORIO

«Visitar» es, en sentido médico, constituirse en suplemento y complemento de la personalidad de un tercero, por expresa delegación de éste ó de su legítimo representante privado ó público, y á los fines de sanarle, ó preservarle, ó declarar acerca de su salud ó de su capacidad funcional. Fuera de esta expresa delegación, y salvo el caso de asistencia accidental y apremiante en cumplimiento de una caritativa urgencia, la visita médica, como acto de tutela, es ocasionada á impertinencia ó á inmoralidad.

La necesidad que el asistido ó su legítimo representante tienen de proceder á una tal delegación, nace de la misma superioridad orgánica del hombre. Cuanto más superior un ser viviente, mayores resultan el sufrimiento (πάθος) y la invalidez (ἀσθένεια) con que responde á su mal (νόσος), por cuanto, teniendo más centralizada su vida que los organismos inferiores, resulta que, á mayor centralización, más intensa y clara es la conciencia sensible ó *consensus* doloroso del daño, y más manifiestos en proporción, y generales y solidarios, los reflejos de decaimiento corporal inducidos por el padecimiento mismo. De ahí que en la práctica no todos los seres sensibles tengan médico: para los invertebrados y para los vertebrados inferiores utilizables, bastan el agricultor, el piscicultor, etc., es decir, el curador colectivo; para los vertebrados superiores, aves y mamíferos, ya nace con la Veterinaria la asistencia individual, hasta que, por fin, al llegar al hombre, el más sensible y el menos resistente al sufrimiento de todos los seres vivientes conocidos, ya la asistencia médica toma el

formal carácter de una verdadera y trascendental tutela. Por este concepto el ejercicio de la Medicina constituye un caso nobilísimo de la división social del trabajo, puesto que el médico completa, con su *ciencia*, su *experiencia* y su *serenidad*, la personalidad *indocta*, *inexperta* y *atribulada* del paciente.

Importa, sin embargo, inculcar en el ánimo del novicio en nuestro arte, la idea de que esta tutela no constituye al médico en autoridad por sí misma, puesto que, según dejo dicho, se trata de una tutela instituida por delegación del propio enfermo ó de su legítimo representante, la cual tutela, en virtud del antiguo principio jurídico «de aquel es el *quitar* cuyo es el *dar*» (*ejus est tollere cujus est condere*), nacida de la confianza, cesa en cuanto ésta es retirada. Y como no sea raro hallar médicos que por ignorancia ó por fatuidad, ó por entrambas ceguedades á un tiempo, obran como si los enfermos á quienes asisten fueran *suyos*, es decir, algo de su propiedad, importa dejar fijados en términos claros y concretos así los alcances como los límites de la autoridad médica. He aquí los términos en que debe éste expresarse con todo cliente, desde el soberano al más humilde barrendero: «Mientras me esté encargado el caso, hay que obedecer y cumplir mis ordenamientos; de lo contrario, pase á otro colega la tutela del cliente»; con lo cual quedan reconocidas y salvadas, así *la plenitud de autoridad* del médico, mientras lleva la responsabilidad del cuidado, como *la plenitud de libertad del cliente*, en todo tiempo y, sobre todo, mientras dura la enfermedad, único caso ocasionado á serios conflictos.

Es, pues, el visitar un acto de plena autoridad, mientras dura la delegación del cliente, y una tutela renunciabile en todo momento por el médico, caso de voluntaria inobediencia, sin caer éste en falta moral ni legal.

§ 2.º

CARÁCTER PSICOLÓGICO

Compréndese, además, en la visita médica un acto de representación del egoísmo ó instinto material y moral de conservación del enfermo; de donde la obligación perenne y doblemente caritativa de procurar sanarle, *cito, tuto et jucunde*, y de infundirle en toda situación, por extremada que sea, buen ánimo y positivo alivio. Esta doble obligación extiéndese hasta el caso de asistencia, por mandato judicial, á presos, locos y demás menores accidentales cuyo representante legítimo y delegador es el poder público.

Todo puede exigirlo de nosotros la autoridad, menos que dejemos, ni un solo instante, de obrar como representantes del instinto de conservación de nuestro enfermo, de su siempre lícita tendencia á no morir y á remediar cualquier dolor físico ó moral, infundida por Dios á toda criatura animada.

§ 3.º

CARÁCTER MORAL

Esa representación del egoísmo ajeno toma grande incremento en la visita á enfermos, ó de gravedad suma ó de cronicidad desesperante, y llega á su máximo en la asistencia á incurables que, ó bien sospechan y temen, ó bien tienen por evidente y lamentan su incurabilidad.

Descontando la Medicina operatoria, la cual más remienda que sana, diré de la general, interna y externa, que desgraciadamente, aun en nuestros tiempos, resulta impotente contra gran número de enfermedades, y lo será probablemente á perpetuidad si la incultura de las gentes, hija del poco celo de los médicos en ilustrarlas, sigue

como hasta hoy, no acusando enfermedad hasta que las lesiones de ésta ya no consienten verdadera cura, bien por lo avanzadas en su originario lugar, bien por lo arraigadas de sus trascendencias agudas ó crónicas.

Siendo, pues, tan numerosos los incurables, susceptibles ó no de paliación por materiales recursos, y reclamando, á pesar de esto, los más de ellos asistencia facultativa, debe el médico poseer en grado sumo el arte benéfico de la terapéutica moral, base firmísima del prestigio médico y de la consiguiente confianza terapéutica; de la cual pueden obtenerse importantes alivios y, á poco que el mal sea humanamente curable, verdaderas y maravillosas curas, según más adelante se explicará prácticamente en diversos lugares de este libro, aparte de haberlo explicado por el concepto teórico en mi *Curso de Patología general*.

De las limitaciones morales que la conciencia médica impone al ejercicio profesional de tan poderoso influjo sobre el enfermo, y hasta sobre sus mismos deudos, dicho dejo lo más capital al fin de mi comentario al *Codex hipocrático de la decencia médica*, á propósito del fragmento del «PLUTO» de Aristófanes. Aquí bástame consignar que, en nuestros modernos tiempos y en todos los países, se sabe de delitos cometidos por indignos médicos que han abusado de las diversas formas de influencia psíquica y, sobre todo, de las anestéticas y de las sugestivas hipnóticas.

En cambio, la influencia moral, honradamente ejercida, tiene admirables alcances, y puede producir los más varios y maravillosos resultados, desde el de provocar en pocos momentos, y por mera aparición del ansiado médico, la feliz terminación de un parto largas horas encalmado, hasta el de prolongar el médico, por el solo timbre de su voz, y aun más allá de lo realmente caritativo, la vida de un agónico.

En tales resultados figuran, como *coeficientes* de impor-

tancia, el carácter del enfermo, la índole del caso y la actitud de los deudos; pero el *eficiente* del fenómeno es siempre el médico, porque de las prendas de inteligencia, carácter y mundo de éste y de su exquisito tino en conducirse nacen, así el prestigio del médico, como la consiguiente fe del enfermo en quien se provocan los milagros.

Tan inherente á nuestra profesión es la influencia moral que, aun en los casos en los cuales la autoridad nos invita ó la ley nos obliga á visitar á individuos que nos reciben muy contra su voluntad, y á las veces con actitud discolá, tenemos mucho que esperar de esa que llamaré nuestra *honrada brujería*, y no es raro que en casos tales operemos en el ánimo de los presos ó de los sospechosos de locura, y aun de los locos de atar, verdaderas transformaciones en provecho suyo. Y aun si alguna vez, en ese terreno de acción, refrenamos nuestros naturales impulsos, débese ello á que, en tales casos, el verdadero cliente nuestro no es aquel que lo parece, sino el Estado, quien, en cuanto cliente, nos reclama á su vez, y con razón, por ser lego en Medicina, que actuemos como suplemento y complemento de su propia *personalidad jurídica*; que también el Estado tiene su instinto de conservación y, por lego, necesita que el médico le ilustre y encamine para realizar la justicia, que es la salud pública.

§ 4.º

CARÁCTER REMUNERATORIO

Con todo y ser la clase médica, por la índole de sus funciones y los cuadros de miseria que contempla, muy inclinada á prestar gratuitamente sus servicios, á tal extremo que no hay clase social alguna que ni con mucho la iguale en punto á beneficencia individual, no puede substraerse á la ley general económica del trabajo: la necesidad de que éste le sea remunerado. En los honorarios médicos,

sin embargo, todo el mundo reconoce *algo* que por su significación y origen es superior al precio meramente industrial de la humana actividad. Yo alcancé todavía los tiempos en que el Estado no exigía á los médicos ninguna contribución, y en verdad que la frase bíblica *honora medicum propter necessitatem* expresa, acerca de esto, cuanto cabe decir: «retribuye al médico por motivos de necesidad», esto es, «porque, ocupado su tiempo en prestarte servicios irretribuibles de suyo, por lo nobles y vitales, sucumbiría de hambre si no le procuraras tú mismo el pan». Algunos traducen *honora medicum* por «honra al médico»; mas, sobre resultar contrasentido eso de *honrar* á alguien *por necesidad*, la verdad es que en latín la voz «honor» significa *retribución, premio, recompensa*, etc., además de *honra*.

Por esto el ejercicio de la Medicina ha sido en todos tiempos y lugares á la vez que *honrado* como servicio *impagable, pagado* por razón de *necesidad*. Las consultas sacerdotales se remuneraban con sagradas ofrendas, y todavía hoy así se pagan donde quiera que se milagrea con enfermos, y en cuanto á los médicos seculares, remunerados eran los viajeros de las naciones de Asia y Africa; remunerados los *periodeutas* y los de las escuelas libres, como la de Koos y las de Alejandría y Roma, llegando algunos, bajo los emperadores, á colosal fortuna, y remunerado es y seguirá siendo en todas partes el médico, porque está en la naturaleza de las cosas que lo sea.

De las vicisitudes de los honorarios médicos, de los límites de su cuantía y de otros interesantes extremos de tan delicado asunto, hablaré cuanto sea oportuno en *Ética profesional*, última parte de los PRELIMINARES CLÍNICOS.



DIVISIÓN DE LOS

PRELIMINARES CLÍNICOS	TRATADO I.—Hábito personal.	<i>Sección 1.^a—Noseontopsis</i> (Juicio previo acerca del enfermo) (<i>a</i>). <i>Sección 2.^a—Pelaticotaxis</i> (Clasificación de clientes) (<i>b</i>).
	TRAT. II.—Arte informatoria.	<i>Sección 1.^a—Pelatodiégesis</i> (Relato del cliente) (<i>c</i>). <i>Sección 2.^a—Yatroanacrisis</i> (Interrogatorio del médico) (<i>d</i>).
	TRAT. III.—Principios de Técnica exploratoria	<i>Sección 1.^a—Fundamentales.</i> <i>Sección 2.^a—Especiales clínicos.</i>
	TRAT. IV.—Juicio clínico del caso	<i>Sección 1.^a—Gnóstica</i> (Diagnóstico y Pronóstico inmediato. Momento clínico). <i>Sección 2.^a—Teleutognosis</i> (Convalecencia y Agonía).
	TRAT. V.—Técnica de Autopsias	<i>Sección 1.^a—Disectórica.</i> <i>Sección 2.^a—Histoquímica.</i>
	TRAT. VI.—Sistema cronográfico	<i>Sección 1.^a—Norma histórico-clínica.</i> <i>Sección 2.^a—Criterio estadístico-médico.</i>
	TRAT. VII.—Ética profesional	<i>Sección 1.^a—Conducta médico-social.</i> <i>Sección 2.^a—Conducta médico-jurídica.</i>

(a) De νοσέων, οντος, usado siempre por Hipócrates en la acepción ordinaria, equivalente al vocablo castellano «enfermo», y homónimo de los términos «malade» fr., «malato» it., «malalt» cat., etc., y ὄψις, εως, vista, aspecto, apariencia, etc.

(b) De τὸ πελατικόν, οὔ, la clientela ó conjunto de clientes, y τάξις, εως, ordenamiento, clasificación.

(c) De ὁ πελάτης, οὔ, el cliente, y διήγησις, εως, relato.

(d) De ὁ ιατρός, οὔ, el médico, y ἀνακρίσις (de ἀνακρίνω, interrogar), interrogatorio.

TRATADO PRIMERO

HÁBITO PERSONAL

INTRODUCCIÓN

Por hábito personal, en el sentido de *habitus* de los romanos, comprende el lenguaje médico las condiciones de porte exterior, presencia, postura, calidad, complexión, vestidura, costumbres, disposición física, afectos, inclinaciones, voluntad y todo cuanto, trascendiendo al exterior directamente ó por signos reveladores, forma el conjunto de datos que interesa recoger para conocimiento y régimen de los individuos con quienes hemos de entablar clínicas relaciones.

Y como sean de dos suertes muy diferentes entre sí estas relaciones del médico con sus clientes, unas directas materiales con el cuerpo enfermo para la cura del mal, y otras indirectas morales con el paciente ó con los deudos de éste, en cuanto colaboradores al buen éxito de dicha cura, de ahí la natural y necesaria, por más que novísima división de este *Tratado* en dos distintas *Secciones*, de las cuales la primera va dedicada al previo juicio que el médico puede y debe formar de su enfermo, en cuanto tal, y la segunda va dirigida, mediante una completa clasificación de clientes, á facilitar al práctico el pronto y acer-

tado concepto que cada uno de ellos se merezca, como auxiliar de los esfuerzos del médico.

De ahí la necesidad teórica y práctica de distinguir ante todo la significación de los términos *enfermo* y *cliente*. En efecto; no siempre se halla el primero en disposición ó en aptitud de poder desempeñar las funciones auxiliares del médico para el mejor término de la cura, puesto que ni la primera infancia, ni la extrema decrepitud, ni entre adultos la privación de conciencia, su perversión transitoria, la enajenación mental, la aprensión sistemática, la ignorancia supina, la ocultación interesada del mal, la simulación de padecerlo, la estupidez, el idiotismo y hasta ni la suma postración, aun á conciencia clara y perfecta, consienten entre el enfermo y su médico aquel formal pie de relaciones personales de donde nace la colaboración referida. Pocos son en la práctica los enfermos de afección aguda intensa, y los crónicos avanzados, que no necesiten de tercera persona que les represente para tales relaciones colaboratorias.

Descansa, pues, en este importante hecho de experiencia la distinción que de los dos conceptos de *enfermo* y *cliente* establezco; entiendo por *enfermo* aquel que padece, y por *cliente* aquel que desempeña las funciones auxiliares cerca del médico. Si felizmente estas dos entidades se resuelven en una sola personalidad, como se ve, por ejemplo, en los pacientes que acuden por su pie y cuenta á nuestras consultas públicas, nada se ha perdido con mi distinción, puesto que á esa personalidad única se refiere cuanto exponga de clientes y enfermos; mas, en cambio, mucho se gana en claridad de ideas con tratar separadamente las cosas que á unos y á otros se refieren, para aplicarlas á los innumerables casos en que uno es el *enfermo*, otro el *cliente*, como representante de aquél y auxiliar del facultativo.

De ahí el haber denominado *Noseontopsis* ó juicio previo

acerca del *enfermo* la materia de la Sección 1.^a, y *Pelaticotaxis*, en lugar de *Noseontotaxis*, la de la 2.^a, puesto que en ella se clasifican clientes por el concepto de auxiliares del médico, no enfermos por el de objeto de los cuidados facultativos.

Sentado esto, entremos en materia.

SECCIÓN PRIMERA

NOSEONTOPSIS

ARTÍCULO PRIMERO

Fundamento natural

La inteligencia humana tiene horror al vacío, y esto la lleva á llenar provisionalmente con hipótesis los huecos que le deja su ignorancia. Estamos hechos así, y gracias; pues sólo de esta suerte puede otra facultad, que es la intuición genial, suplir, tanto en la vida superior ó científica, como en la ordinaria ó práctica, la penuria con que luchamos para recabar de la naturaleza un positivo conocimiento de las cosas. Esta tendencia á las suposiciones supletorias anticipadas, que tantos beneficios proporciona á la humanidad, no es útil, sin embargo, como no la acompañen dos condiciones: 1.^a, sentir verdadero interés en anticipar el conocimiento de algo, y 2.^a, poseer de ese algo tal cual noticia ó dato sobre qué fundar nuestra hipótesis. Lo primero, aguzando nuestra penetración, y lo segundo, dando base racional al supuesto, preparan siempre, aunque no siempre logren, el anhelado anticipo de conocimiento, que es lo que se trata de obtener.

Repito, porque ello no huelga en nuestros tiempos, que si obramos de esta manera ante lo desconocido, es por ley de naturaleza, y que, por tanto, si respecto de hipótesis previas, ó anticipo de conocimientos por indicios, cabe que el hombre abuse, como abusa, de todas sus preciosas facultades, ello no autorizará nunca á condenar tan es-

pontáneo y útil procedimiento, puesto que con igual razón habría que condenar la libertad, por ocasionada á licencia; la imaginación, por ocasionada á locura, y hasta el comer y el beber, porque de su respectivo abuso se originan empachos y borracheras.

Quien quiera ver demostrada la naturalidad de las hipótesis supletorias buscadas por la necesidad y sugeridas por signos parciales de lo ignorado, no tiene más que hacer la prueba con algún positivista de los furibundos, de los que anatematizan toda hipótesis, todo conocimiento que no venga del real y total análisis de las cosas, invitándole á dar una vuelta por desconocida y temerosa selva, en hora crepuscular en que resulten turbio el ver y claro el oír, pero habiéndose antes concertado con la *pareja* del pueblo, al doble piadoso objeto de vigilar por la seguridad de aquellos andurriales, y curar de *hipotesifobia* á su huésped.—Andando por el monte entre silencio y obscuridad, al oír nuestro hombre un vago rumor de hojarasca, y ver que quien la remueve es un informe bulto, se parará, volviéndose á su compañero como diciendo: «¿Qué será eso?», y contestándole éste con el ademán que significa:—«¿Y yo qué sé?»—En esto el natural recelo sugerirá al azorado positivista una sarta de hipótesis entre si aquello que se remueve será lobo, ladrón, cabra descarriada, etc., mas nada fijo discurrirá, pues aunque tendrá interés en conocerlo, no dispone, en cambio, del menor dato para descubrirlo, hasta que, por fin, nuestro hombre respira hondo, exclamando:—«No hay cuidado, es un *civil*.» ¿En qué funda su afirmación, en qué su repentina tranquilidad el escamado excursionista? Pues fúndala sencillamente en que, por un claro de entre matas, y sobre fondo de ceniciento cielo, ha visto *algo* como un hombre, cuya cabeza terminaba por *algo* como sombrero borrosamente tricornio. Y aquí de la carga de su acompañante provocando éste ó parecido diálogo:—«Pero, amigo empe-

dernido contra las hipótesis, ¿cómo se queda usted tan tranquilo asegurando que aquéllo es un guardia civil, no habiéndole visto de cerca sombrero, levita, pantalón, correa y armamento?»—«Porque sólo un civil usa sombrero de tres picos.»—«Flojo dato es éste; mas aun así y todo, ¿quién le asegura á usted que ese que se acerca no es un foragido que, después de dar muerte al civil, no se ha enfundado en su uniforme y armado con su armamento para más á mansalva acogotarnos?»—«Compañero, bien pudiera eso ser; pero, ¿qué quiere usted que le diga?».....

Pues, precisamente en ese «¿qué quiere usted que le diga?», última razón del que no halla ninguna á mano, se encierra toda la substancia del fin que con este preámbulo me propongo. Nuestro positivista, puesto en un aprieto de la vida real, tiró su positivismo y púsose á funcionar de hombre: excitóse su ingenio por el recelo; al principio nada afirmaba por falta de un *signo* parcial por donde apoderarse de lo desconocido; vió luego la borrosa silueta del tricornio y, deduciendo de este signo todo un guardia civil, quedóse tan desahogado y tranquilo como si le acabase de contar los botones del uniforme. Y cuando, argüído por su compañero con la posibilidad de que aquel bulto fuese el de un bandido matador del guardia y disfrazado con los avíos de éste, al contestar «bien puede ser, pero ¿qué quiere usted que le diga?», significó implícitamente que el error propuesto podía ocurrir una vez entre diez mil, y que un caso de tal proporción de un error contra diez mil aciertos no basta á impedir, ni el descanso del ánimo, ni la recomendación del procedimiento.

A este propósito no puedo menos de citar una de las réplicas más donosas y profundas del célebre D. Juan Nicasio Gallego. Publicola por oportuna en este lugar, por auténtica y, además, por ser de las menos conocidas de tal ingenio. Paseaban una tarde, por el Prado de Madrid,

nuestro D. Juan Nicasio y el poeta D. Francisco Camprodón, y como éste le entregase, con mucha recomendación de que lo examinara, un manuscrito de cierto aprendiz, corto de genio y de ingenio, que ansiaba obtener el juicio del gran literato y no se atrevía á rogárselo directamente, cogió D. Nicasio el cuaderno, pasó la vista por la primera cuartilla y devolvióselo *incontinenti* al autor de *Flor de un día*, exclamando desabridamente: «Tome usted, tome usted, Paco; ¡qué malo es eso!» Y, como Camprodón, si quiera por lástima hacia el autor del ensayo, repusiese: «Pero, Sr. D. Nicasio, ¿cómo tan pronto y sin más que un vistazo á la primera plana me desahucia usted á mi recomendado?, replicóle D. Nicasio, con su natural presteza: «Pero, ¡hombre de Dios! si por un campo de trigo ve usted avanzar dos orejas de burro, ¿no creerá usted de buena fe que detrás de ellas viene el burro entero?»

Todo lo antedicho, y no menos, dadas las actuales corrientes, era menester para dejar bien fundada la importancia que en este libro doy al juicio de primera vista del enfermo. La antigua concepción de lo que se llamaba *hábito exterior*, pobre y estrecha en sus mejores tiempos, ha ido perdiendo su importancia, con tener en sí tanta, hasta acabar en punta, para los efectos prácticos, por más que en alguno que otro libro la rutina conserve de ello inútiles retazos. Sepan, pues, de antemano aquellos lectores á quienes pueda chocar la trascendencia por mí atribuida al asunto, que precisamente para chocar la señaló, como con igual intento llevo recomendadas tantas otras cosas á que los contemporáneos, por ceguedad felizmente curable, se la niegan. Ya el genial Lavater, el más perspicaz de cuantos observadores han escrito de *Physiognomia*, reveló tener clara intuición de la importancia médica del asunto en estas terminantes pa-

labras: «*Una Medicina apoyada en la Physiognomia fuera, ciertamente, una obra digna de vos, oh ilustre Zimmermann (1).*»

ARTÍCULO SEGUNDO

Trascendencia del juicio previo

De las precedentes reflexiones se infiere que la impaciencia del médico por leer en el hábito de cada nuevo enfermo cuanto pueda serle anticipo de conocimiento, no es más que un caso particular de la impaciencia humana ante lo desconocido. Así es que no hay médico que se emáncipe de esa propensión á buscar signos para formar su prejuicio cuantas veces estrena enfermo, extendiendo su mirada al cliente si éste forma personalidad separada. Sólo en un facultativo arquetipo de flema hasta el punto de no tener interés ni por sí mismo, se podría concebir la total ausencia del conato noseontópico.

En efecto: esa *primera mirada*, que en médico penetrante y experto *tiene algo de vuelta de cucharón por el fondo de una olla, para sacar del contenido de ésta la mayor ración posible*, encierra el mayor interés práctico, puesto que va derecha al conocimiento previo de lo más decisivo de la nueva relación clínica que, entre el médico y el nuevo enfermo, se va á establecer. Siendo, como es, la práctica médica un arte conjetural donde el ingenio comparte con la instrucción los resultados, cada nuevo enfermo es para nosotros lo que para el acróbata un nuevo trapecio; en él vamos á lucir nuestra habilidad ó á deslucir con nuestra torpeza, y antes de ponerle mano para ejercitarnos en él, tentamos y probamos, como el gimnasta, aquel nuevo cuerpo en que hemos de lucirnos ó

(1) Lavater: *Essai sur la Physiognomie, etc.* Ed. de La Haye, 1786, pág. 125.

deslucirnos. Y es lo más interesante del asunto el hecho de que la intensidad de ese previo inquirimiento crece con la capacidad y la experiencia, y esto se explica reflexionando que, en Medicina práctica, quien más ve y más visita, mejor sabe cuán útil es la *Noseontopsis* y cuán nuevas siempre son é inesperadas las combinaciones individuales que la experiencia da de sí, mientras que el práctico de alma miope tiene menos interés en este lejano ver, porque percibe poco y turbio.

Así, pues, la trascendencia noseontóptica se resuelve en esta imponderable ventaja, la de un previo conocimiento antropológico para los efectos de nuestro mayor dominio físico y moral sobre el nuevo enfermo.

ARTÍCULO TERCERO

Trifurcación del problema

El problema del juicio de primera intención acerca de enfermo nuevo, pertenece, según demostrado queda, al orden de las hipótesis provisionales, de los anticipos geniales ó intuitivos de conocimiento, pero es por su naturaleza, por recaer sobre ese intrincado microcosmos llamado «hombre» y además «enfermo», el más complejo de cuantos la práctica nos brinda y hasta obliga á resolver. En un hombre hay: primero, un sujeto moral que determina su ser, su carácter, su personalidad; segundo, un organismo, con su complexión material y funcional innata y, finalmente, tercero, algo de anormal que, como enfermo, le trae á nuestro consejo y gobierno. Y como no sea dable separar de él lo que de enfermo trae, para recomendárselo como prenda averiada, desentendiéndonos del resto, sino que el mal en el individuo es sólo un adjetivo de su íntegra individualidad y se entrelaza por mil raíces con

lo psíquico y lo fisiológico de ella, resulta el tema noseontópico un problema antroponosognómico íntegro y completo, sí, pero segmentado en estos tres que en forma interrogativa planteo.

¿Quién es.....	} el enfermo?
¿Qué es.....	
¿Qué padece.....	

Busquemos, por tanto, separadamente la vía de solución de cada uno de estos tres problemas, desentendiéndonos en adelante de los aditamentos explicativos que en la anterior sinopsis acreditan su unidad antropológica, para llamarlos tan sólo el «¿Quién es?» el «¿Qué es?» y el «¿Qué padece?», ó sea, *tema psicológico*, *tema fisiológico* y *tema patológico* de la NOSEONTOPSIS.

I

«¿Quién es?»

(TEMA PSICOLÓGICO)

§ 1.º—Carácter instintivo de la solución

La Filosofía ha dicho al hombre: «*conócete á tí mismo*»; la Naturaleza ha dicho á cada animal: «*conoce á los demás*». Lo primero mira á la perfección individual; lo segundo á la práctica distinción entre amigos y enemigos; aquéllo es reflexivo y bueno; ésto instintivo y útil.

Para su utilidad todo ser animado posee instinto segurísimo, sentidos prontos y certeros para darse cuenta de lo que puede esperar ó temer de sus semejantes y diferentes, y por toda base de este conocimiento dispone sólo de la comprensión de dos lenguajes: el insinuante, que se forma del gesto y de la voz (que es gesto sonante), y el

representativo, inmanente en las formas orgánicas, con propia virtualidad de expresión. (V. PATOLOGÍA GENERAL, tomo II, páginas 677-99.) El hombre, por su doble condición racional y animal, está solicitado por doble tendencia: la de conocerse á sí mismo, por arte racional de íntima reflexión, y la de ver el interior de los demás, por obra de instinto más ó menos perfeccionado por el propio conocimiento. Sin embargo, cuanto más superior la raza humana y más potente, en consecuencia, para las empresas del orden racional, menos apta para esa intuición animal pronta y segura del carácter de sus semejantes, como si ambas aptitudes, teniendo mucho de contrario en el orden fisiológico, estuvieran sujetas á compensación recíproca. De donde en el conjunto llamado «género humano» la estupenda superioridad de las razas inferiores sobre las elevadas y, en sociedad, la no menos admirable de las mujeres sobre los varones en punto á aptitud natural para el pronto y seguro conocimiento de personas. Y como si la ciencia llegase á incapacitar para tal intuición, se observa que los más encopetados maestros, ó al menos tenidos por tales en materias psicológicas y fisiológicas, suelen ser incapaces de definir por sí propios, v. gr., la nota característica de una sirvienta que van á tomar, observándola el corto espacio de tiempo que á ésta le basta para pillar los puntos flacos de su futuro amo. Y de lo desventajosa, desesperante que es la brega de caucásicos con mongoles, negros, gitanos y demás gentes de baja ralea étnica, no hay más que pedir de ello informes á los blancos que lo fueron de la penetración y tretas de algunos de aquéllos. Hasta los semitas, con ser raza tan elevada y de tan fuertes dotes reflexivas, aventajan con mucho á nosotros los arios, los caucásicos, los jaféticos ó como nos plazca llamarnos.

Bastante estudiadas tengo, sin embargo, las facultades é instintos de las razas cultas, para poder asegurar que

en ellas la aptitud intuitiva del carácter ajeno, si de una parte es la más baja que la humanidad registra, no lo es tanto como los mismos individuos á ellas pertenecientes creen. Entre nosotros ese instinto, sobre ser escaso, es menospreciado; no se confía en él, lo cual le amengua doblemente.

Nadie cree lo que puede dar de sí un buen fisonomista, porque entre nosotros, fatuos representantes del *homo sapiens* de Linneo, parece como que todo lo humano se ha de resolver por estricta ciencia, por obra de reflexión, sin echar de ver que todos, sin faltar uno, producen alguna que otra vez juicios acertadísimos de personas, por sólo vistas, pero sin dar importancia al hecho ni buscar modo hábil de cultivar esa semilla preciosa del más útil de los instintos para la vida social.

Porque lo cierto es, según más adelante y más despacio veremos, que los hechos instintivos, á cambio de no prestarse gran cosa á cultivo científico, acomódanse mucho á ser desarrollados por influencia, experiencia é imitación de aquellos pocos individuos que en ellas sobresalen. Hasta sin salirnos de lo más superior, de las artes nobles y de las científicas, ¿quién es el que no sale, por ejemplo, más pronto y mejor pintor ó mejor clínico, haciendo vida junto á un gran maestro, que resecándose los sesos en lecturas de preceptos y reflexión sobre principios?

§ 2.º.—Tentativas fracasadas

De otra parte, la serie de intentonas de las razas cultas para darse cuenta de ese *quid*, que permite á excepcionales individuos llamados *fisonomistas*, leer claro y pronto en las formas y el gesto de los demás, no ha dado hasta el presente frutos comestibles, por faltas muy garrafales en el cultivo del árbol que los puede dar, conforme en breves razones voy á demostrarlo.